

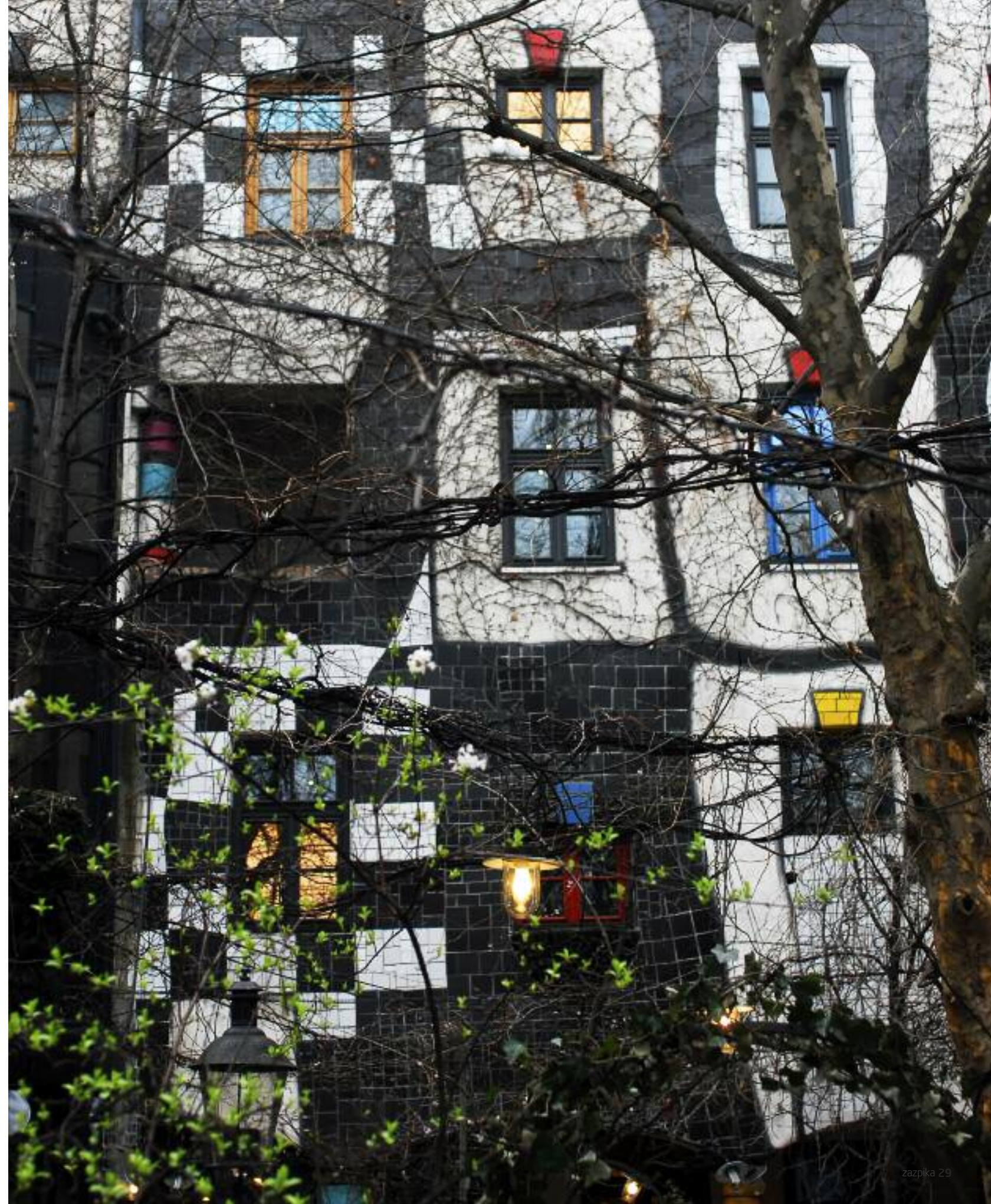
REPORTAJE



LA VANGUARDIA VESTIDA DE IMPERIO

Viena, la ciudad de los tules y los valeses se merece otra mirada, más allá de los tópicos. Merece la pena explorar entre los pliegues de una capital con más sorpresas de las esperadas y más iniciativas culturales que la mayoría.

Texto: **Maribel Herruzo**
Fotografía: **Oscar Elias**



VIENA



Viena se convirtió en el paradigma de la modernidad apenas un siglo después de que Francia viviera su revolución y regalara al mundo la ilusión de que nada, ni siquiera la injusticia, es permanente. La capital del entonces Imperio Austro-Húngaro, hasta entonces poco más que mero cruce de caminos entre el este y el oeste, se convirtió en el centro de un nuevo mundo que impulsaba la ilustración y el progreso. Alejada tanto de París como de Londres, fue en la segunda mitad del siglo XIX –cuando Francisco José ejercía de emperador y amante esposo de Sisi– que Viena se convirtió en lo que hoy conocemos, tomando el relevo de la ciudad de las luces y rellenando los vacíos que hasta entonces formaban la ciudad con enormes palacios, amplias avenidas y edificios fastuosos. Como una cenicienta descarada que sabe que el zapato solo va a encajar en su pie, cada vez más bella y majestuosa, el fondo se unió a la forma cuando a los tradicionales cafés empezaron a acudir intelectuales de todo tipo: escritores, arquitectos, filósofos, doctores, políticos... Luego, el pragmatismo austriaco ha hecho posible pasar de puntillas por los capítulos más negros de su historia y conseguir ser más recordados por Mozart o Freud que por personajes y episodios mucho más siniestros. Y esa es una virtud que también se les debe reconocer.

Viena es, en el imaginario particular de muchos, la ciudad donde la emperatriz Sisi no podía ser feliz. Políglota e inteligente, vanidosa y maquiavélica, tan hermosa como obsesionada por su belleza, Sisi –como Mozart– fue un regalo para la mercadotecnia vienesa. Para los menos, la capital austriaca es una ciudad sombría y turbia, influencia de las carreras nocturnas por las alcantarillas de Joseph Cotten tras “El Tercer hombre” que encarnara Orson Wells. Y aunque estos y otros tópicos siguen formando parte de la historia vienesa, hay que romperlos de una vez por todas: basta de valeses, basta de princesas anoréxicas, bienvenida la nueva imagen de Viena, aunque siga envuelta en tules imperiales.

Laboratorio creativo. Cuando a finales del XIX el Imperio cayó, un nuevo orden, de carácter más social aunque siempre conservador, alcanzó a la ciudad, que vio como florecía un nuevo concepto del arte y del diseño de la mano de arquitectos como Adolf Loos, Otto Wagner y su discípulo Joseph Hoffman, de los Talleres Vieneses, en los que participaron artistas hoy, y entonces, tan reconocidos como Gustav Klimt o Egon Schiele, dando lugar a la denominada Secesión vienesa. La herencia que estos importantes personajes dejaron en la ciudad aún es visible en calles y museos –Viena cuenta con más de un centenar de ellos, muchos de

ellos tan importantes como el Leopold, el Albertina, el Belvedere o el Mumok, situados en antiguos edificios palaciegos– y su legado permanece vivo en los nuevos creadores que, desde hace una década, han comenzado a copar puestos en el mercado del diseño y el arte. Bajo el eco de las pisadas de sus tradicionales coches de caballos palpitan nuevas ideas, y esa nueva cara, vanguardista y transgresora, se plasma en atrevidas ideas en el diseño urbano, en proyectos interdisciplinarios, en la publicidad, en el arte, y en locuras empresariales como “Walking chair”, un estudio formado por dos atrevidos y singulares creadores que lo mismo fabrican una silla que camina –el símbolo de su simpática firma– que reciclan cientos de botellas o de cartones de píldoras vacíos para fabricar vistosas lámparas.

Los barrios jóvenes. Es fácil deducir que Viena es un imán para los nuevos creadores. En un pasado fueron arquitectos, pintores y músicos como Mozart o Beethoven los que vistieron a esta ciudad con sus soplos de genialidad. Hoy también escogen la capital austriaca quienes sienten que su espíritu necesita ensancharse y establecerse en un lugar donde dar rienda suelta a sus creaciones, como los fundadores de “Walking chair”, un suizo y un italiano de Bolzano, o las

numerosas diseñadoras –sí, la mayoría de emprendedoras son mujeres– que pueblan el escenario urbano del barrio de Kettenbrucken, llegadas de Bruselas, Berlín, Suiza, Budapest o Lituania dispuestas a ceder su talento a la ciudad, tal vez a sabiendas de que se devuelve lo que la ciudad inspira. Que Viena se sitúe casi en el centro geográfico de Europa, que siga siendo cruce de caminos incluso en la era de las comunicaciones aéreas, tiene su importancia. Posee un poderío económico similar al de la vecina Alemania, gran estabilidad social derivada de lo primero y un mayor componente creativo con el que solo puede competir, acaso, la capital germana.

Los barrios de Kettenbrucke, y Spittelberg –muy cercano a la famosa avenida del Ring– son el arquetipo de la nueva Viena. Kettenbrucke reúne buena parte de esa nueva ola de emprendedores, sobre todo en lo que se refiere a mobiliario y a moda textil, además de tiendas vintage, originales cafés y aires de nueva bohemia. Sin dejar el barrio, a los pies de la Casa Mayólica de Otto Wagner, se encuentra el Nashmarkt, el mercado más visitado y con más solera de la ciudad –sus puestos al aire libre se montan desde el siglo XVI– que suma, los sábados, un mercadillo de gangas y oportunidades. Aquí se palpa la presencia foránea instalada en la ciudad, mezclada con la

Cuatro escenas cotidianas en las calles más céntricas de la capital de Austria.



tradición. Un simpático vendedor de chucrut a granel explica orgulloso que su padre sobrevivió cinco años en un campo de prisioneros ruso gracias a ese invento germánico que es la col fermentada. Extraña referencia a una guerra que permanece en una especie de limbo en la memoria de gran parte de los austriacos. Precisamente, el pasado 12 de marzo se cumplieron setenta y cinco años de la anexión de Austria por parte del régimen nazi alemán, algo que la mayoría de la población acogió con entusiasmo. Tras la guerra, la versión del gobierno de la postguerra proclamaba que Austria fue la primera víctima del nazismo. Una encuesta realizada recientemente con motivo del aniversario de la anexión desveló que el 46% de la población sigue creyendo en esta complaciente versión. Sin embargo, el presidente austriaco, Heinz Fischer, no dejó dudas en su discurso ese día cuando remarcó que «solo las heridas que se limpian pueden sanar sin riesgo de infección».

El otro foco de la escena actual es Spittelberg. Este barrio de callejuelas adoquinadas con aire de pueblo antiguo, con apartamentos habitados por jóvenes de alto poder adquisitivo que buscan la cercanía con el centro, fue durante el siglo XVIII zona de burdeles y locales de mala vida. Ahora, sin embargo, Spittelberg acoge a profesionales liberales que abren galerías de arte, talleres, restaurantes con glamour y sin carne en la carta y locales tan curiosos como Möbel, cafetería

con todo su mobiliario a la venta. También es el lugar donde hoteles boutique, como el Altstadt, juegan con los colores y las formas para inventar habitaciones que no recuerden tanto a un hotel si no más bien a un lugar donde encontrarse a gusto, algo así como la casa de unos amigos que se ausentaron unos días de la ciudad. Con ese mismo espíritu juguetón abrió sus puertas en el corazón del Museum Quarter (a solo unos minutos de Spittelberg) el 25hours Hotel Wien, inspirado en el mundo del circo y con una terraza, Dachboden, a cuya coctelería acude cada tarde-noche cualquier noctámbulo que se precie a disfrutar de las vistas a ritmo de música electrónica.

Asfalto cultural. El escritor y periodista vienés Karl Kraus, siempre mordaz y crítico con su ciudad, en una ocasión escribió: «Las calles de Viena están pavimentadas con cultura, las de otras ciudades con asfalto». Es cierto que en Viena, sea como sea, uno se empapa de cualquier disciplina cultural. Ahí están, por ejemplo, ese centenar y medio de museos cuya dificultad estriba en elegir ante la falta de tiempo. Por si fueran pocos, desde el primero de marzo se puede visitar de nuevo la *Kunstammer* del *Kunsthistorisches Museum*, una colección de 2.200 obras, única en su especie, centrada en objetos curiosos y poco comunes que fueron recogiendo los emperadores y archiduques de la casa Habsburgo, así como las obras que en ellos se



Arriba, el complejo cultural MQ, en el barrio de los museos. Debajo, danza en el Spazio Divertimento. Y, a la izquierda, el restaurante Una.

VIENA



inspiraron. Algunos de los museos más importantes de la ciudad se agrupan en el área denominada Museums Quartier o Barrio de los Museos, con un total de setenta instituciones que ofrecen exposiciones, teatro, danza, cine, presentaciones, recitales, conciertos, bares y restaurantes, todo ello combinado con eventos puntuales que salpican la plaza principal de luces, carpas y ambiente festivo.

La música, de cualquier estilo, es otro de los imanes de Viena, no solo por el concurrido concierto de Fin de Año o por los Niños Cantores –que desde finales de 2012 actúan en una nueva sala, el MuTh, resultado de la simbiosis de la antigua estructura barroca con la arquitectura moderna– si no por los innumerables conciertos de música clásica, recitales y musicales que se representan cada noche en la ciudad, y de los cuales más vale reservar entradas con anticipación.

Sobre la arquitectura, Viena ofrece una variedad pasmosa: desde los palacios de los siglos XVIII y XIX, pasando por el colorido de la Hundertwasserhaus –un ondulado puzzle de casas ideadas por el artista Friedensreich Hundertwasser y construidas en los años 80 del

pasado siglo–, hasta el moderno y acristalado edificio Haas Haus del arquitecto postmodernista Hans Hollein, o la impactante construcción de acero y cristal del nuevo Sofitel Viena, junto al Canal del Danubio. Precisamente en este canal se ubican antiguos barcos mercantes, con alguna que otra sorpresa –como la piscina climatizada y la discoteca nocturna del denominado Badeschiff– reconvertidos en innovadores restaurantes, como el Holy Moly o el Motto am Fluß. Algunos de los 1.100 kilómetros de carril bici de Viena discurren paralelos a este canal, partes del cual se transforman, en verano, en improvisada playa con arena, sombrillas y chiringuito. Una renovación continua.

Vino y canciones. Viena no es la Meca de la gastronomía, aunque tenga múltiples influencias de las naciones que un día pertenecieron al Imperio y disfruten de platos de inspiración turca, italiana, checa, eslovaca y, sobre todo bohemía, pues esta era la nacionalidad de la mayoría de cocineras que servían en las casas burguesas. Los alemanes dejaron poca huella en este aspecto. Pero más allá de los devaneos gastronómicos

más o menos acertados que no pueden faltar en cualquier capital de altura que se precie –y aceptando que sus famosos *Schnitzel* son lo que son: carne empanada–, lo que realmente impacta de la cocina vienesa es el diseño de sus nuevos restaurantes. Además de los buques reconvertidos, lugares como el Albertina Passage –ubicado en un antiguo pasaje subterráneo– ofrecen la cara más futurista de la restauración, mezclando gastronomía sofisticada con música jazz en directo o sesiones electrónicas.

Claro que cuando los vieneses –y los turistas– quieren desmelenarse, invariablemente se van a cenar a un Heuriger, esas tabernas donde los propietarios de viñedos en Viena sirven vino de su propia cosecha acompañado de las más tradicionales viandas. Los auténticos deben lucir en la entrada un tablón con la palabra “Aus’steckt” y unas ramas de pino. Viena tiene 700 hectáreas de viñedos, y poco más de 70 productores, de los cuales muchos tienen en estos locales el principal punto de venta y distribución de su vino. Están prohibidas la cerveza, el café o la coca-cola y, por lo demás, se come como si las bandejas repletas

de carnes de caza y vegetales fueran a volatilizarse al posarse en la mesa; hay muchísimo jaleo, algunos camareros y clientes lucen el traje tradicional vienes y en ocasiones músicos con acordeón y guitarra se pasean por las mesas a poner algo de melodía a las canciones que cantan los más o menos desafinados comensales. A eso se viene, a perder el sentido del ridículo, a comer, a beber, a reír, a divertirse sin los rígidos comportamientos que se exigen en otros establecimientos de esta ciudad. Aunque ya aparecieron algunos Heurigen más minimalistas, donde los bancos de madera oscura son sustituidos por otros más claros o por sillones de cuero, y la algarabía por una mayor contención. Es la modernidad compitiendo con las más arraigadas tradiciones.

El año pasado (al igual que en 2011), Viena encabezó la lista de ciudades con mayor calidad de vida en el mundo, entre otras variables por su orden y limpieza, por la seguridad, por la eficiencia de sus servicios públicos, así como por una variada oferta cultural y de entretenimiento. Y, la verdad, a la vista saltan las razones de su liderazgo.

Arriba, el palacio museo Albertina. A la izquierda, jóvenes en el barrio de los Museos y la catedral de San Estebán, iluminada. En la fotografía pequeña, un detalle del museo de Freud.